

“EL MAESTRO”

—Mané—

Al abrir la puerta, sentí los ojos de los niños clavándose en mí, como si me hubiera subido a un árbol para remover un avispero y los avispones me hubieran clavado sus agujones.

—Señorita, ¿qué desea? —Me preguntó el maestro, espigado y severo como un ciprés del cementerio.

Anduve hasta su mesa como si yo fuera un reo que se dirige al cadalso. Le entregué una nota, escrita de puño y letra por el alcalde, de caligrafía casi ininteligible. Se le cortó la respiración al leerla, incluso se le hinchó la vena del cuello. Con brusquedad, me señaló con la palmeta un pupitre al fondo del aula. Semanas después, me convertí en la primera niña del pueblo que aprendió a leer y a escribir, y a sumar, y a restar, y a dividir, y a multiplicar, sin yo advertir por entonces que se estaban multiplicando mis oportunidades de futuro.

El señor maestro no me felicitó por ser la que mejores notas obtuvo ese curso. Pero yo advertía cierto halo de satisfacción al verme aparecer cada mañana por el Núcleo Escolar. Incluso una vez se presentó en mi casa para llevarme los deberes. <<Un resfriado no es excusa para que no haga los mismos ejercicios que sus compañeros.>> Me dijo, su voz impostada de pétrea autoridad.

Al año siguiente acudieron más niñas a la escuela, y yo me empeñé en robarle tiempo a los juegos para enseñar a algunas mujeres a leer y a escribir.

—Señorita, ¿acaso quiere dedicarse a la docencia?

Jamás olvidaré la cara de contenida satisfacción del viejo maestro cuando aparecí por el pueblo con mi título de maestra, como supongo que él tampoco olvidaría mi cara, henchida de sorpresa, cuando me confesó que dio por bien empleados sus ahorros en pagarme parte de mis estudios.